

Y la madre con candor
besó del niño la frente,
dejando allí trasparente
una lágrima de amor.

A. GARCÍA ALIX.

Á LA MUERTE DE MI QUERIDO AMIGO.

Polvo no más. El soplo de la nada,
Imperceptible y frío,
De Parca por las alas agitado,
Dejó tu sangre y tu cabeza helada,
Dejó tu corazón también helado.
¡Ah, pobre amigo mío!
¡Cuan presto de tu vida el sol naciente,
Por negra nube de dolor velado,
Corrió desde su aurora á su Occidente!

Sueños de amor, doradas ilusiones,
Quimérica ventura,
Placer ansiado, porvenir y... vida,
(Que vida es ilusión de corazones,
Mente que goza en sueños adormida)
Todo, revuelto en fiera calentura,
Simoun que secó de tu cerebro
El oasis de dicha, en él sentida,
Todo desapareció; cual torbellino
Que airado se levanta
Y flor lozana sin piedad quebranta;
Así según tajante del Destino,
Apagando la voz en tu garganta,
Flor de tu vida convirtió en despojos.
¡Que corto de la vida es el camino!
¡Qué lejos le contemplan nuestros ojos!
¡Cuan cerca el cuerpo está del polvo inerte!
¡Qué breve es la jornada de la muerte!

Por eso tú que, de ilusiones lleno,
Lleno de amor, de juventud lozana,
Mirabas de tu vida en el "mañana".
De tu dicha lucir el sol sereno;
¡Cuál fuera tu dolor, cual tu agonía,
Al despertar de tu ilusión temprana,
Ver apagado el sol de tu ventura
Y, oscilante su luz, morir el día
De tu vida, velado en la espesura
De fiebre abrasadora,
Noche de muerte, eterna noche oscura,
Sin otro sol que nazca en otra aurora?
¡Cuál tu angustioso anhelo,
Mirar, lejos de tí, preciado suelo
Dó tu amor sonriente
Corona blanca con nevada mano
Entretregia para ornar tu frente?
¡Cuál tu pesar, al anublarse el cielo
De tu ventura, y en la sombra densa
Del "no saber" que vela, fiel, arcano
De nuestro fin, mirar resplandeciente
Tibio rayo de luna

Que alumbra de la vida la jornada,
Y de su débil luz á los reflejos
Mirar la muerte, que creías lejos,
Mostrandote el abismo de la nada?

Sí, buen amigo; yo de tus dolores
Fuí constante testigo;
Yo de tu vida ví los resplandores
Perderse de la muerte en el ocaso;
Yo tu huella seguí, paso tras paso,
Hasta el dintel del cielo, caro amigo.
Y en horas de agonía,
Cuando, de tus purísimos amores,
Triste tu corazón se despedía,
Yole ví, no lo dudo,
Como agitado en su dolor latía,
(Bien tu mirada, sí, me lo decía)
Y cuál tu cuerpo agonizaba en calma:
Era ¡ay, Dios! que luchaba, en lance rudo,
Con tu alma, que al cielo se subía:
Y en tan inerte y cariñoso anhelo,
Rendido el corazón, vencía el alma...
Por eso el alma lo elevó hasta el cielo.

Y allí estarás. Te miro
Allí, cuando levanto mi plegaria
Al Dios de las bondades,
Entrecortada por fugaz suspiro;
Cuando mi planta, hollando las edades,
Me lleva al campo-santo
Á rezar en tu losa funeraria;
Cuando, al rodar del llanto
Alguna vez la lágrima furtiva,
Escapa involuntaria
Sin que el dolor la escuche ni perciba:
Porque el triste recuerdo, es llama viva
Que del alma el crisol torna candente,
Y el llanto funde, ¡y lo derrama ardiente.

¡Ojos, secad el llanto!
Que calme vuestro ardor, fresco rocío
De celestial consuelo;
Volved creyentes la mirada al cielo;
Vaya con ella el pensamiento mío;
Porque teniendo en Dios puestos los ojos
Puede, sin otra luz, el hombre pio,
No pisar del dolor fieros abrojos.
¡Descansa en paz! Y yá que tu jornada
Fué por el mundo breve y transitoria,
Muerto sol al nacer de su alborada,
Sea su ocaso el trono de la Gloria;
Y tu alma inunde de la luz eterna
Divino Sol que á nuestro sol gobierna.

E. DIEZ Y SANZ.

MURCIA: 1877.

Típ. de EL ALBUM, á cargo de D. José Sellés
Santo Domingo, 5.

